condición de transformarse en ellas, como virtud, como preciosa esencia que toma las varias formas de los vasos que llena, sean de oro, sean de arcilla: mejor dicho, como la misma divina gracia (1), que sufre diversas transformaciones, según los corazones en los que Dios se digna derramarla.

La divina gracia penetra los vasos de arcilla, y á veces tórnalos en vasos de oro. En cuanto á los de hierro, los suaviza, los pule, los torna tan brillantes como sólidos: de todos procura hacer otros tantos vasos de honor (2).

Sea lo que fuere de estas imágenes de la Escritura Sagrada, lo cierto y positivo es que la Educación no puede llegar á modelar las almas conforme á la infinita variedad de naturalezas existentes, á no ser que todos estos resortes varíen continuamente de fuerza, de peso, de dimensiones, de forma, de medida y de acción: obrar de otra suerte es hacer sufrir al niño tortura física, intelectual y moral, y á veces hasta violencia religiosa, que pone profunda perturbación en sus facultades, altera é irrita su naturaleza, y llega no pocas veces hasta hacerle arrojar lejos de sí como incomportable carga, como inaguantable tiranía, todos los cuidados y atenciones de una Educación violenta y sin libertad.

---

(1) *Multiformis gratia Dei.* (San Pablo).
(2) *Vasa aurea... Vas in honorem.* (San Pablo).

CAPÍTULO XVIII

El niño: respeto debido á la libertad de su inteligencia.

Hay muchos importantísimos aspectos bajo los cuales sería menester estudiar la Educación y el respeto á la naturaleza debido. Probaré á demostrar por su orden cómo la *violencia intelectual*, la *violencia moral* y aun la *violencia física* son funestísimas á la Educación.

Y no se piense que sea la menos funesta la *violencia intelectual:* he visto de la misma consecuencias desastrosas, las cuales creo para mí un deber apuntar aquí.

He hablado ya de la culpable debilidad de los padres que no temen sacrificar á la blandura y á los cuidados físicos, la instrucción y aun la Educación moral de sus hijos. Véome precisado á señalar aquí otro defecto: me refiero á la orgullosa dureza de algunos padres, y á la odiosa codicia de un muy considerable número de instructores que, para coronar su nombre con la gloria de haber logrado los premios del *concurso*, ó con la honra de haber hecho exámenes brillantes condenan los pobres niños á un trabajo sin descanso de todo el día, cuan largo es, y de gran parte de la noche, durante meses enteros, haciendo sucumbir bajo el peso de no interrumpidas fatigas aquellos débiles cor-

pezuelos y aquellos órganos aun no consolidados por la naturaleza.

Jóvenes he visto, dotados por cierto de hermosísimo natural, á los cuales este exceso de trabajo, en edad muy tierna, había reducido á la impotencia y al idiotismo intelectuales para durante toda su vida.

Sobre este particular escribía Platón en su tiempo estas memorables palabras:

« Padres conozco que son en hecho de verdad enemigos de sus hijos: ambiciosos de verlos hacer rapidísimos progresos, y de que obtengan en todo extraordinaria superioridad, los recargan con trabajos forzados, cuyo peso los abruma; de ahí proviene el desaliento que les hace aborrecer los estudios. Las plantas con moderación regadas crecen fácilmente; pero el agua excesiva ahoga los gérmenes. Así el alma se nutre y se robustece con un trabajo sabiamente dirigido; pero el exceso la oprime y gasta sus facultades.»

Muy otros pensamientos tenía el padre de Blas Pascal, y muy diferente método seguía en la educación de su familia. Cuenta su hija Santiaguita Pascal, que su sabio padre, al educar á Blas, y al aplicarle al estudio, tenía por principio *mantener siempre á su hijo por encima de su trabajo,* ó sea nunca consentir que éste le abrumara.

Estúdiese en las Memorias de su tiempo lo que fué la Educación de Fenelón, de Bossuet, del gran Condé y de M. Olier, y se verá una admirable mezcla de vigor en el trabajo y de miramientos para con la debilidad de la tierna edad: hábil mezcla de prudencia y de ardor, de grave condescendencia y de sabia austeridad.

Así es como se educaron aquellos grandes hombres,

que regeneraron á Francia al promediar el siglo décimo séptimo, y prepararon los esplendores del reinado de Luis XIV.

No hay que dudarlo: la Educación es esencialmente progresiva; arriba lo dijimos, pero dijimos también que su marcha no debe jamás ser violenta, ni precipitados sus progresos: de lo contrario no lo resistirá el niño. Su libertad quedará lastimada y alterado el fondo de su naturaleza: su desarrollo físico, intelectual, moral y religioso, es por necesidad obra de tiempo y de paciencia. Si queréis hacer de este niño un hombre, hay que trabajar con celo, como trabaja la divina Providencia, con respeto, con suavidad y mesura. De lo contrario, turbaréis profundamente aquella alma, desconcertaréis vuestra misma obra, y vuestros más ardientes esfuerzos no lograrán más que alejaros para siempre de vuestros más sublimes intentos.

Para lograrlo con más seguridad, y obedeciendo á pensamiento de altísima sabiduría, hase dividido la Educación, según que ya lo hemos visto, en tres períodos diversos, que se llaman *Educación maternal, Educación primaria y Educación secundaria.*

Desgraciadamente no siempre se guarda esta sabia y progresiva lentitud.

Una de las violencias intelectuales más frecuentes y más dignas de lástima, es sin contradicción la de obligar al estudio de lenguas á pobrecitos niños que no tienen gusto ninguno para ello, que cuentan con muy mediana aptitud, y á quienes, por otro lado, no se les ofrece real y positiva ayuda para salir á flote en tan arriscada empresa.

Creo yo, y lo proclamo sin vacilar, que el estudio de las tres lenguas y de las tres famosas literaturas, fran-

cesa (ó española), griega y latina, es entre nosotros el más poderoso medio para realizar altísima Educación intelectual; mas, antes de poner manos á la obra, es necesario ser capaz de ellas. Ahora bien, entre los que *acuden á clase*, sin *seguir estudios* en nuestros establecimientos de instrucción pública, ¿cuántos hay que son absolutamente incapaces de hacer nada más? ¿cuántos otros hay que se ven condenados á la ignorancia y á la estupidez, aun en punto á griego y á latín, por la deplorable incuria de que son objeto? Cuando se cuentan sesenta, ochenta y á veces cien alumnos, como hacinados en una clase, ¿tienen por caso los desgraciados ni siquiera posibilidad de estudiar y de salir adelante con su estudio? Salvos los que se escogen y preparan para un *concurso* ó un día de academia, ¿qué viene á ser de los otros, y qué pueden ellos llegar á ser? ¿Quién se ocupa en ellos, y quién puede, por más que lo quiera, ocuparse en ellos? El más celoso profesor vese obligado á dejarlos languidecer en deplorable negligencia y cesación de todo trabajo, para los cuales es condición de paz y de existencia una inmovilidad formal, silenciosa. Preciso es que se estén allí como si no estuvieran: y entre tanto allí tienen que estar, condenados á languidecer de hastío. ¡Y eso durante diez ó más años! ¡durante los más lozanos diez años de su alegre juventud!

Los infelices pasarán así las eternas horas de sus tristes veladas, condenados á palidecer sobre autores que ni entienden ni pueden entender; leyendo, ó cuando menos teniendo á la fuerza ante los ojos, libros que jamás entenderán; escribiendo *composiciones* donde no hay sentido alguno, ninguna forma de pensamiento ni de humano lenguaje... Y esto en tiempo en que deberían desarrollarse en ellos todas las más activas facultades del alma!

Pero ¿cómo no se ve que eso es hacer pasar á los niños la más brutal tiranía intelectual que haya existido jamás?

Por no hablar más que de estudios, ¿quiere saberse lo que vienen á resultar con parecido sistema?

Véase lo que poco ha publicaba sobre el nivel que alcanzan los estudios universitarios, el profesor de Filosofía en uno de los más reputados liceos de Francia.

« Este nivel es ahora tan bajo, que con razón se podría preguntar si es que puede bajar más. — En todas partes, aun en París, donde nuestros hábitos de centralización se procuran cada año los mejores sujetos de provincias, la porción media de alumnos que acuden á las aulas está deplorablemente descuidada. En París, entre los cinco ó seis primeros y el resto de la clase hay un abismo; y hay otro entre los diez siguientes y lo que se ha dado en llamar la cola de la clase. Ahora bien, esta cola es interminable, aunque á decir verdad, desde el que hace el número veinte hasta el que forma el sesenta, no hay seria diferencia que digamos. Los que forman el número sesenta son un cero; los que forman el veinte son un número infinitamente pequeño.

» En provincias sucede lo propio, si no es que la clase está como descabezada de los cinco ó seis alumnos selectos que contienen los liceos parisienses, y que semejan absorber en provecho propio toda la savia de la Universidad.

» Estas apreciaciones han lugar de la manera más irrefragable y más triste en los exámenes del bachillerato. — Los examinadores no son muy rigurosos que digamos; y sin embargo, la cifra de candidatos reprobados por no haber sabido hacer ni siquiera una cortísima versión, es en verdad formidable.

» No hablo de los exámenes orales: pues con toda mi alma pido á Dios que no permita venir aquí ningún expectador alemán ó inglés, ó cuando menos que ahorre á mi amor propio nacional el dolor y la humillación de tenerle sentado junto á mí. No tengo ánimo para decir más; el que quiera, que lo vaya á ver.»

¿Por qué admirarse ya de que estudios llevados á cabo, con tan poco acierto, de que un rebajamiento como éste haya inspirado entre nosotros á tantos talentos, por otra parte distinguidos, soberano desprecio y cierto invencible horror al griego y al latín? Y me quedo corto: en muchos, este sentimiento llega hasta el desprecio, y aun hasta el horror hacia los libros y hacia toda instrucción literaria. Aquí podría multiplicar las pruebas (1).

Acabo de hablar de los que no tienen ni gusto ni notable aptitud para el griego ni para el latín, los cua-

(1) Conocí, y todavía conozco, uno de nuestros más hábiles arquitectos, que, en su niñez, había tenido la desgracia de padecer esta odiosa violencia intelectual. Empero concluyó por sacudir el yugo; y sus padres se decidieron, bien que á disgusto de los maestros, á hacerle interrumpir el curso de lo que llamaban sus estudios, y á dedicarle á las artes del diseño para las cuales tenía gusto y aptitud notables «Es lo que me ha salvado—decíame en la intimidad de la confianza:—INTELECTUAL y MORALMENTE *estaba yo perdido*. Le confieso á usted que, aun sin yo quererlo, he conservado, durante mucho tiempo, instintiva repugnancia hacia los libros, repugnancia de que yo mismo me ruborizaba; pero he tenido que *trabajar mucho; me han sido necesarios - y perdóneme usted este recuerdo y este lenguaje, me dijo sonriendo—me han sido necesarios quince años cabales para reponerme del disgusto que los libros y las habichuelas del Colegio habían llegado á inspirarme: tan fastidiosas me eran las unas como los otros. Hasta el pasado año no pude, sin repugnancia, comer habichuelas; y en ese preciso año he venido á leer con gusto una traducción de Virgilio.*»

¡Cuántos jóvenes hay entre nosotros, cuántos hombres cuya deplorable historia es igual á la que acabamos de transcribir!

les se ven condenados al aniquilamiento de sus facultades mentales, gracias á un sistema de forzosa y tristísima negligencia: créome obligado á hablar también de aquellos otros cuya cultura intelectual no se descuida, á la verdad, antes tienen para su instrucción maestros dignos de este nombre, que se esfuerzan por enseñarlos, pero que, por vicio ó desagradecimiento de sus facultades, son absolutamente incapaces de la instrucción que se les obliga á recibir: ésta es otra gravísima desgracia.

Sobre el particular tenemos un monumento de triste é irrecusable celebridad, en una Educación de la que he tenido ocasión de hablar un poquito más arriba, *la del gran Delfín.*

El rey nuestro Señor (q. s. g. h.), escribía la señora de Maintenón (1), *á los cinco ó seis años sabía mil y más palabras latinas: y no hubiera atinado ni una sola cuando llegó á ser dueño de sí.*

La ruda manera con que se le forzaba á estudiar, escribía la señora de Caylus (2), *originóle tan serio disgusto hacia los libros, que tomó la resolución de no abrir ninguno, luego como llegara á ser dueño de sus actos...: y, como lo resolvió, así puntualmente lo cumplió.*

Pero dirá alguno: ¿qué vamos á hacer con esos niños negados, en los que no se advierte gusto ninguno, absolutamente ninguno, ni asomos de aptitud para el estudio de lenguas ni de letras? ¿Qué hacía usted en parecidos casos? pues que, sin duda, usted hubo de encontrarse con alguno de ellos.

— Sencillísima es la respuesta: hay que estudiar la

(1) A la señora de Ventadour, 16 junio 1715.
(2) Memorias de la señora de Caylus.

naturaleza de dichos niños, hay que procurar indagar de qué son capaces, y aplicarlos á ello, á despecho de todas las reglas comunes y de los sistemas generales de instrucción: es lo que muchas veces he tenido ocasión de practicar yo mismo, ó de aconsejarlo á padres discretos é ilustrados. Aunque las lenguas y las letras sean el más poderoso medio de Educación intelectual, hay varios otros que tienen igualmente su propio valor. Es lo que me prometo explicar detenidamente cuando trate de la Educación literaria superior.

Por ahora me contentaré con decir que ante todo y sobre todo es preciso de toda precisión no dedicar ningún niño más que á estudios de los que sea capaz; hay que dar á la Educación fundamento posible y verdadero; hay que trabajar para su desarrollo intelectual en un medio que no le ahogue. Todo esto es de buen sentido común, por vulgarísimo que lo queramos suponer. Cualquiera otra conducta es irritante: y, si esta palabra pareciese severa, añadiré que hay á mis ojos ahí tan criminal abuso de autoridad, que no conozco nada que me lastime más dolorosamente. Semejantes violencias, cometidas con un niño, inferidas á su libertad y á la debilidad de su naturaleza, siempre me inspiraron profundísimo horror.

Y aquí debo apuntar otra violencia inferida entre nosotros á la mayoría de los niños, y sobre la cual nos complacemos por lo general en cerrar los ojos. Hablo del *estudio simultáneo* del francés — (lo mismo pudiéramos decir del español) — y del latín, al cual estudio se condena muchas veces á la tierna edad: aun para niños bien dispuestos es tiranía intelectual, muy odiosa de verdad, y que origina consecuencias lamentables.

¿Habráse visto, sin embargo, cosa mas común? Pero, y ¿cómo no se repara en que el estudio simultáneo de dos gramáticas tan distintas por el fondo como por la forma; en que la gramática latina y la francesa, á las cuales por sobreabundancia de celo se añade no pocas veces la gramática griega, abruman estos jóvenes talentos, desconciertan su memoria, turban y embarazan todo su desarrollo intelectual?

¿Cómo queremos que esas diminutas inteligencias no se pierdan en los laberintos de declinaciones tan heterogéneas, de conjugaciones que en nada se parecen, de nombres y de artículos tan diferentes?

¿Cómo, qué? ¿Pretendéis que les parezcan sencillos y muy inteligibles sintaxis y métodos y reglas tan opuestas, y que señalen á cada uno de estos objetos la parte y lugar que les corresponde en su tan niño cerebro?

Cuando no hubiera más que la multitud y caos de palabras que significan una misma cosa, y que no se parecen ni chispa, no habría menester más para que fuera punto menos que imposible retener los unos ni los otros.

Y ¿quién no sabe que en esta edad se avecina á lo imposible el hallar analogías, el establecer ó comprender relaciones generales y desemejanzas abstractas? Porque el niño no juzga, no compara, no deduce, casi ni razona: para él no hay más que ideas simples é imágenes. Por otro lado ¿cuáles iban á ser sus términos de comparación? No sabe del francés ó de su lengua nativa, más que lo que lleva estudiado para entonces, puesto al nivel y al servicio de sus primeras necesidades: fuera de eso no ve nada.

¿No pediría, pues, el más rudimentario buen sentido común que primero se consolidara su talento hacién-

dole aprender lo más perfectamente posible su lengua materna, que ha hablado ya, y que más ó menos entiende ya? Eso cuando menos no es introducirlo en una región bárbara y desconocida, dejándolo á merced de sus aventuras.

Más adelante, cuando posea esta lengua, cuando tenga bien aprendidos sus principios generales, cuando sepa la gramática, la sintaxis, la construcción y la ortografía, entonces no le será nuevo trabajo ni estorbo, sino más bien instrumento, medio y poderosa palanca para estudiar, para aprender otras lenguas.

Por no haber comprendido y guardado tan sencillas y rudimentarias instrucciones, atorméntase todavía con harta crueldad niños dignísimos de toda compasión. Pero vamos claros: ¿qué conseguiremos con eso? Hacerles concebir disgusto hacia el estudio, y quizás para siempre; ó á lo menos retardar dolorosamente sus primeros pasos en la carrera.

¿Para qué sirven, pregunto yo, esas clases de 8.ª, de 9.ª y aun de 10.ª, donde los pobrecitos niños pasan lánguidamente sus años?

En este punto, quien haya seguido de cerca dichas clases, dignísimas de compasión; quien haya visto con sus propios ojos el hastío y disgusto de los maestros, la desesperación y el tormento de los alumnos, será de mi parecer.

Por lo que á mí toca, no bien hube adquirido tan dolorosa experiencia, tomé mi inmutable determinación; y después, por muchas y reiteradas instancias que me hicieran los padres de familia, nunca jamás consentí en admitir en el Seminario menor de París niños que no estuvieran, mediante sólida *Enseñanza primaria*, convenientemente preparados para recibir la *segunda Enseñanza*.

Poner á viva fuerza en manos de estos niños sin ventura las tres gramáticas, francesa, griega y latina, y obligarlos á dedicarse simultáneamente á ellas, parecíame reprobable: á mi modo de ver, había en ello abuso de autoridad paterna y magisterial.

Pues ¿qué hacía usted entonces? me dirá alguno. — Una cosa sencillísima.

Mandaba esos niños á los Hermanos de la Doctrina Cristiana que hay en Passy, ó á otro parecido colegio: estábanse allí dos ó tres años, exclusivamente ocupados en aprender las primeras letras; y pasado ese tiempo, me los remitían: entonces, con asombrosa facilidad, entraban inmediatamente en el estudio del latín y del griego: ya no sentían el disgusto de tener que aburrirse años enteros con principios generales de gramática, pues los acababan de estudiar con felicísimo resultado en su lengua materna. De antemano tenían aprendidas todas las nociones preliminares y generales. En su inteligencia no había confusión ninguna: sus nacientes facultades habían sido convenientemente cultivadas, y se habían robustecido, mediante el ejercicio natural y metódico, en un idioma que entendían fácilmente y que estudiaban con gusto. Además, sabían leer, — ¡cosa harto rara! — y escribían correctamente al dictado. En fin, su alma estaba ya embellecida con multitud de conocimientos accesorios, de historia, de geografía, de aritmética y hasta de dibujo. En una palabra, eran niños realmente instruídos en todo lo que debían saber; respondían con seguridad á todas mis preguntas; leía yo en su vivaracha mirada, la feliz certidumbre que tenían de sus poquísimas ideas, y su ardor por adquirir otras nuevas.

Y cuando, al cabo, los admitía á estudiar Humani-